



A la izquierda: «Las señoritas toreras», cuadro de Solan Ribot. Arriba: Beatriz Santullano clava, desde su montura, un par de orejas.



Cuadrilla femenina organizada por Mariano Armengol y la torera Eugenia Bortes (la Belgicana).

No cayó en saco roto la opinión del padre Sarmiento y, en 1811, en ocasión de una corrida organizada para el día 28 de junio de dicho año, por José Bonaparte, se anunció a la rejoneadora asturiana Teresa Alonso. Negó la precisa autorización el ministro del Interior. Pero, en el transcurso de la corrida, el espada Curro Guillén solicitó el permiso al propio José Bonaparte y la asturiana actuó.

Tras Teresa, viene Andrea Cazalla, que rejoneó, vestida de sultana, el 27 de diciembre de 1818. En 1820, exactamente el 6 de agosto, Antonia Fernández rejonea vestida de turca y, el 8 de diciembre de 1822, también vestida de turca, rejonea María Fernández, en competencia con Benita Fernández, que picó vestida de china.

Llegamos a la edad de oro de la tauromaquia femenina, en la que fué astro fulgurante y duradero, Martina García, natural de Colmenar de Oreja. Desde 1836, hasta 1840, las mujeres constituían el principal atractivo en las corridas de novillos. Ellas, por sí solas, formaban carteles que atraían a los públicos y rivalizaban con las cuadrillas de toreros.

En el cartel de la función taurina que se celebró en Madrid el 11 de diciembre de 1836, se leía lo siguiente: «Picarán las valientes y varoniles aficionadas Magdalena García, natural de Zaragoza, y Mariana Duro, que lo es de Valencia, vestidas gallardamente, la primera, de aldeana y, la segunda, de valenciana, a fin de que el público pueda distinguir las y decidir cuál de las dos es más intrépida. En el desempeño de esta lid, tan poco frecuentada, procurarán acreditar que su sexo, aunque débil y delicado, sabe ser decidido, intrépido y arrojado cuando trata de cumplir con exactitud lo que propone ejecutar, sin que el cuidado de dirigir el caballo ni el manejo de la vara de detener sirvan de obstáculos para presentarse con serenidad ante las reses y castigarlas.»

Verdad es que tal espectáculo no fué corriente hasta entonces, si bien es cierto que ya habían adquirido cierto renombre Manuela Capilla, Manuela García, Carmen Ortiz, Angela Magdalena, María López, Jorja García y Ramona Castelló. El 15 de enero de 1837 picaron en Madrid la zaragozana Manuela García, en traje de maja, y banderillaron en cestos Martina García, de Colmenar de Oreja, y Manuela Resiando, de Madrid, vestidas de manolas. Ganaron 800 reales para las cuatro y Martina demostró tal arrojo que se convirtió en la maestra, formó cuadrilla y, en una novillada celebrada en febrero de 1838, actúa ya como matadora.

Martina García era, por entonces, el mayor atractivo de los carteles. Tuvo como competidora a la alicantina Francisca Coloma, que duró poco. En cambio, la vida taurina de la de Colomer, fué dilatadísima.

Otras mujeres toreras que adquieren renombre por aquellos años fueron: Antonia García, Rosa Inard, Celedonia Marinas, Teresa Carmona, Josefa Ortega, Teresa Andrés, Manuela González, Paula Martínez, María García, Juana López, Javiera Vidaurre, Rosa Campos y Tomasa Prieto.

El 25 de diciembre de 1837 se celebró una corrida en Madrid en la que Magdalena García picó montada en el mismo caballo que el picador «Seguidillas» y colocados espalda con espalda. En otro caballo picaron de la misma forma Francisca Coloma y el picador «Mangas Verdes» y pusieron banderillas en cestos Martina García y Celedonia Marinas. Ganaban ellas 100 reales y ellos 60. María López y Angela Magdalena banderillaron el 20 de enero de 1839 un toro de puntas y en la función siguiente Francisca Coloma



Arriba: Novillos erales lidiados el 15 de julio de 1900, en la plaza de Torragona, por la cuadrilla de «Lolita» y «Angelita».—Abajo: Teresa Bolsi, torera andaluza, por Gustavo Doré.



## SEÑORITAS TORERAS DE AYER Y DE HOY

Por BENJAMIN BENTURIA

NUNCA comprenderemos las veleidades del público. Averigüe Vargas si la fiesta taurina es, como dicen muchos, fundamentalmente viril y trágica o es entretenimiento de gentes desocupadas que sólo tratan de divertirse dando de lado todo lo que de dramático pueda tener el festejo. Tal cuestión está sobre el tapete desde que las fiestas de toros constituyen espectáculo ¡y lo que te rondaré!

Yo ni entro ni salgo en esta discusión, pero confieso que me pondría en grave aprieto si alguien me hiciera el encargo de que trazara una estampa romántica sobre las mujeres toreras, pues, por lo general, tales artistas, más tienen de toreras que de mujeres, dicho sea con todos los respetos que las «honrosas excepciones» merecen.

La intervención de la mujer en la fiesta de toros tiene mucho de teatral y colorinesco y como emboba y entretiene a buena parte del público, ya es razón de peso, aunque haya otras que abogan lo contrario, para que las mujeres continúen interviniendo en las corridas de toros o novillos.

Sólo conozco un libro dedicado exclusivamente a la tauromaquia femenina. Su autor, don Alfonso de Llanos, no trata muy en serio el tema del arte torero femenino y, así, dice: «Para llegar

a la perfección en el arte tauromáquico femenino, se necesita lo que sigue: poseer la finura del Regaterín, la vista de Guerrita, la fuerza del Ostión, la elegancia de Lagartijo, el brazo de Frascuelo, la muleta de Cayetano y el alma de Domínguez; parar los pies como Cara-Ancha, perfilarse como Mazzantini, recortar como el Gordito, quebrar de rodillas como el Gallo, alegrar los toros como Agujetas, picarlos como el Sastre y descabellarlos como el Curro. Pero con todo esto no se conseguiría nada si al mismo tiempo no se tiene la mentira en los labios, la tentación en los ojos, la gracia en la palabra, la veleidad en el carácter, la perfidia por compañera, el interés por norte, el egoísmo por sistema y la coquetería por instrumento y, además, el corazón vacío e intención de mamá política.» No estamos de acuerdo con el autor. Para pescar marido, que es de lo que se trata en el librito de don Alfonso Llanos, no hacen falta tantos y tan complicados conocimientos ni tal cúmulo de maldades. La cosa es, o al menos lo parece, más sencilla.

Crec. que la afición de algunas mujeres por la práctica de la tauromaquia es tan antigua como la tauromaquia misma. Tenemos un documento iconográfico que demuestra esta afirmación en

el monasterio de Santo Domingo de Silos, en cuyo claustro hay una pintura en la que se ve una mujer arrojando un arponcillo a un toro. Era algo de lo que se hacía en los albores de la tauromaquia y no íbamos a esperar que entonces, las mujeres, dieran el pase cambiado como Antonio «Bienvenidas». Hacían lo que veían ejecutar a los hombres y eso bastaba.

En una comunicación del 25 de junio de 1654, al Consejo de Castilla, se habla ya de una mujer torera, cuyo trabajo es remunerado, y dor José Daza, en el capítulo XV de sus «Precisos manejos...», titulado: «Noticias sobre varias señoras y otras particulares mujeres españolas que han torreado con aplauso», tras hacer mención de varias hazañas taurinas llevadas a buen término por señoras cuyos nombres no da, habla de la afición de muchas damas a las faenas camperas a caballo. Cita luego a doña Antonia Bretendonca, que picó toros con garrocha larga; a las hijas del conde de Rivadavia, que hacían lo mismo, y a una muchacha que, al despedirse del mundo, ya que iba a profesar en un convento, «se divirtió toda una tarde toroando becerras». Madame Dieulafoy dice, en su libro «Aragón et Valencia» que hubo una doña María Gaucín que dejó el convento para dedicarse a toroar por toda España y que, hastiada al fin de tanto aplauso, volvió al claustro, sin que le pusiera inconvenientes la madre superiora. Cosas de Madame Dieulafoy. Una castizota y aguerrida rejoneadora llamada Francisca García, natural de Motril y esposa del banderillero de la cuadrilla del torero navarro Matías Serrano, Francisco Gómez, pidió permiso en 1774 para actuar en Pamplona. Alegó que llevaba diez años ejerciendo tal profesión y que había rejoneado en Cádiz, Murcia, Valencia, Granada y otras capitales; pero las pamplónicas le negaron el permiso que pedía y la esforzada matrona se fué con los rejones a lucir sus habilidades a Estella y Tudela.

Hace referencia Daza a la afición que tenían a alancear y toroar las señoras de Jerez de la Frontera y las de los pueblos del ducado de Medina Sidonia y elogia los muchos méritos de Nicolasa Escamilla «La Pajuelera» y de la hija de los piñeros, de Córdoba.

La aparición de «La Pajuelera», que fué inmortalizada por Goya en uno de sus aguafuertes, indignó al padre Sarmiento que, entre otras cosas, dijo a este propósito: «Qué ha sido aquello sino ridiculizar la fiesta de toros. No dudo que apuraría todos los equívocos sobre el significado de toro toroado por una mujer a vista de tanto marido.»



A la izquierda: «Torera en blanco», de Goya (colección Lázaro de Galdiano).—Arriba: de izquierda a derecha: Las toreras del siglo pasado. Teresa Bolsi, Carmen Lucena (la Garbancera) y María Alegre.



mató un embolado, que fué banderilleado por la asturiana Josefa García y por Ramona Castelló, de San Felipe de Játiva, que hacía su presentación en Madrid.

En 1842, una portuguesa probó a picar en Portugal y fracasó; pero, en cambio, su compatriota María Rosa Carmona, que hacía la suerte de mancornar, se presentó en Madrid el 29 de junio de 1865 con una cuadrilla de pegadores portugueses y sujetó a un embolado como lo hubiera hecho un hombrecito.

El 10 de enero de 1860, la alavesa señora Bericochea, rejoneó un embolado, cambió de traje, picó a la española un toro de puntas y lo mató valiéndose del abanico de chispa.

Las cuadrillas de mujeres, sobre todo la de Martina, siguen actuando. Pican, banderillean, quiebran en silla, dan el salto de la garrocha y estoquean embolados.

El 27 de enero de 1869 se presentan en Madrid las italianas Rosina Lopini y Rosina Pagnini, acompañadas de su compatriota Eugenio Lopini.

Ellas picaron a la española y dieron el quiebro en silla a un embolado y él mató a estoque subido en zancos.

A esta época pertenece Teresa Bolsi, que fué mortalizada por Gustavo Doré en uno de sus dibujos.

Sigue actuando la Martina, que, de 1873 al 74, lleva cuadrilla fija, y arma un regular escándalo en Tarragona la llamada Teresa Kobloski.

En 1886 aparece Dolores Sánchez, «la Fragosa». Dolores se suelta el pelo y adopta el traje masculino de los toreros.

Su cuadrilla es de hombres y entre ellos figura el que luego fué matador de toros Rafael Sánchez «el Bebé» y sus arrestos en nada ceden a los de los más arrojados lidiadores.

Quiso competir con ella Carmen Lucena «la Garbancera» pero era difícil destronar a «la

Fragosa». Aparecen, por entonces, entre otras, Soledad Guerra «la Guerrita», Eugenia Bartes «la Belgicana» e Ignacia Fernández «la Guerrita» y, poco después, la cuadrilla que capitanean como espadas Lolita Pretel y Angelita Pagés y en la que van como banderilleras Julia Carrasco, Justa Simón, Encarnación Simón, María Manubeau y Francisca Pagés, cuadrilla que alcanzó mucha popularidad.

La Real Orden de 2 de junio de 1908 dió origen a que se descubriese que la famosa María Salomé «la Reverte» no era tal María. Dicha orden prohibía la intervención de mujeres en las corridas y, en vista de que se cumplía lo dispuesto, «la Reverte» confesó que era un hombre y decidió actuar en novilladas con su verdadero nombre, que era el de Agustín Rodríguez; pero consiguió pocas contratas.

María Alcázar, discípula y después esposa de Tancredo López, hizo, con poca fortuna, la suerte que creó su marido en Tetuán de las Victorias. Hemos visto actuar a María Luisa Jiménez, esposa del infortunado novillero granadino «Atarfeño», María Alegre, las hermanas «Palameño» y Juanita Cruz» antes de 1936, y hay que hacer mención de las rejoneadoras Juana Breña, Susana Duval, María Aguirre, Carmen Corzana, María Gentis, Beatriz Santullano, Marimén Ciamar y Conchita Cintrón. Las tres últimas actúan en ruedos españoles como rejoneadoras y Conchita Cintrón en plazas extranjeras como lidiadora a caballo y a pie y como matadora. La señorita Cintrón es, sin duda, un caso excepcional que no tiene paralelo en la historia de la tauromaquia. Pero no hagamos juicios críticos aquí. La tauromaquia femenina ha sido poco más o menos la historia taurina de las mujeres cuyos nombres quedan apuntados.

Y, con lo dicho, basta.



Arriba: La célebre «Pajuelera» clava una puya a un toro bravo, en la plaza de Zaragoza (aguafuerte de Goya).—A la izquierda: Juanita Cruz, en la plaza de Valencia, es ovacionada clamorosamente a la muerte de su segundo novillo.—A la derecha: La torera peruana Conchita Cintrón da la vuelta al ruedo correspondiendo a las aclamaciones de los tendidos.